

# LA VUELTA DE LOS DÍAS

## PANAMÁ: OPERACIÓN "AYUDA FRATERNAL"

ENRIQUE KRAUZE

«A CADA GENERACIÓN radical le llega su Kronstadt», escribió Daniel Bell. Para algunos fueron los procesos de Moscú o el Pacto Nazi-soviético, la revuelta de 1956 en Hungría o la Primavera de Praga; para otros el Gulag, Camboya o Polonia. Para la actual generación radical en Latinoamérica, Kronstadt iba a ser el año de 1989. La invasión norteamericana a Panamá lo retrasará por largo tiempo.

Hasta antes de 1989, ninguna revelación que llegara del Este, por más brutal que fuera, afectaba en verdad el edificio de creencias y dogmas de la inteligencia radical latinoamericana, cuya importancia histórica ha sido siempre comparable a la de Rusia en el siglo XIX. El fervor de los años sesenta, que en esta región nació con la revolución cubana, persistió en forma más o menos pura por casi veinte años. Es cierto que aquí y allá se escuchaban voces críticas con respecto a Castro, pero eran voces en sordina. En el fondo, pocos ponían en duda el balance "globalmente positivo" de esa y todas las revoluciones comunistas del siglo XX. Para que adviniera un cambio se necesitaba un milagro y llegó, por partida doble, en 1989. Por un lado, el derrumbe de todo el edificio construido por Stalin; por el otro, el sólido avance de la democracia en Latinoamérica.

La fuerza de la realidad iba doblando a la dura ideología. En relación con los cambios globales, muchos de nuestros intelectuales comenzaban a aceptar lo evidente: el fracaso económico del totalitarismo, su repugnante historia política, intelectual y moral. A partir de allí, los corolarios para Latinoamérica se sucedían en cascada: la crítica cada vez más generalizada al régimen de Castro, la necesidad de elecciones transparentes en Nicaragua, el distanciamiento con respecto a la guerrilla salvadoreña —no se diga la peruana. Las colas de votantes en Argentina, Uruguay y Brasil aumentaban aún más el crédito de la vieja mitología revolucionaria. El prestigio de la ejemplar democracia costarricense, la caída del régimen de Stroessner y, finalmente, la rebelión de los votos contra Pinochet, fueron hechos impermeables a cualquier posible manipulación ideológica. Esta entrada al círculo virtuoso de la demo-

cracia incluyó otros dos cambios notables: mientras el voto mayoritario en Latinoamérica se corría de la izquierda populista hacia el centro, la necesidad de un *new deal* realista y definitivo, con los Estados Unidos, se abría paso hasta en los círculos políticos e intelectuales más dogmáticos. 1989 cerraba con una sensación nueva: vivíamos, por fin, en tiempos de verdadera esperanza ética.

Por desgracia, la invasión a Panamá ha modificado el cuadro. No es el mundo sino los países del Este los que viven una revolución moral. El gobierno de Bush se ha privado y, en cierta medida, ha privado a los latinoamericanos, de los beneficios morales del año milagroso de 1989. La invasión alimenta el antiguo nacionalismo latinoamericano que a su vez propiciará una anacrónica e inoperante supervivencia del marxismo visto como la única alternativa al modelo democrático y liberal identificado con el imperialismo.

El nacionalismo subyacente en el radicalismo latinoamericano es un dato político de primera importancia. Esto lo sabía, desde los años veinte, uno de los más célebres y equilibrados periodistas norteamericanos:

lo que los ignorantes llaman bolchevismo en estos países, no es, en esencia, más que nacionalismo; el mismo nacionalismo que es la fiebre del mundo entero.

Walter Lippmann escribió esta frase cuando el gobierno de Coolidge estuvo realmente a punto de declarar la guerra a "Soviet Mexico": ¿Qué habría pensado Lippmann sobre la invasión a Panamá? Seguramente lo mismo que en 1926. El gobierno mexicano del Presidente Calles había afectado severamente los intereses mineros y petroleros norteamericanos, perseguía a la Iglesia Católica y apoyaba con armas y hombres a los rebeldes nicaraguenses opuestos al candidato presidencial afín a los Estados Unidos. Dos años antes, México había sido uno de los primeros países en entablar relaciones oficiales con la URSS. Frente a aquel desafío político —mucho más amplio que el de ese *Golem* de la CIA que es el general Noriega— varios grupos influyentes clamaban por la invasión. Por fortuna, los artículos públicos y los consejos

privados de Lippmann contribuyeron a canalizar el conflicto de forma sabia, pacífica y, sobre todo, duradera. Su amigo, Dwight Morrow, nuevo embajador en México desde 1927, llegó convencido por Lippmann de que, en estos países, el sentimiento de independencia y dignidad nacional condiciona todos los valores políticos, y que por ello,

Nada dañaría más a los países latinoamericanos y, de ese modo, a la seguridad de Norteamérica, como la convicción de que los Estados Unidos hubiese adoptado, con respecto a aquéllos, una política concebida en el espíritu de Metternich, cuyo objetivo fuese garantizar derechos establecidos contrarios al progreso social de los pueblos latinoamericanos.

La relación de los Estados Unidos con sus vecinos en toda la postguerra ha confirmado con creces esta profecía.

Lippmann no era un moralista, ni siquiera un legalista. Sus argumentos eran políticos: si la exacerbación de la sensibilidad nacionalista era altamente costosa para los Estados Unidos, lo prudente era optar por la persuasión y la paciencia. Es obvio que Noriega era un loco imposible de persuadir, pero desatar una invasión de 24 000 hombres para desbancarlo del poder y, *de paso*, "llevar la democracia a Panamá", es una locura mucho mayor. El vínculo evidente de la operación con los "derechos establecidos" norteamericanos en Panamá desacredita de entrada el celo por exportar la democracia, celo sospechosamente súbito, por lo demás, puesto que los Estados Unidos no lo desplegaron antes contra Paraguay o Chile. La legitimidad democrática del régimen de Endara se disuelve en la deslegitimidad histórica de haber colonizado el acto que tradicionalmente simboliza en Latinoamérica —como en Hungría, Checoslovaquia o en Afganistán— la negación de la dignidad nacional: una invasión militar. Al olvidar lo que Gorbachov ha entendido —que las sociedades y los países no son pacientes en un quirófano—, paradójicamente, el gobierno de Bush ha llevado la metáfora quirúrgica a la realidad: la operación agravará al enfermo, contagiará a otros

pacientes y al propio médico de una fiebre que en 1989 toda América merecía haber superado: el nacionalismo —"muscular" en el caso norteamericano, populista y xenóforo en el de sus vecinos.

Octavio Paz escribió no hace mucho que "los norteamericanos padecen una congénita dificultad para entender al mundo exterior y orientarse en sus laberintos". Un origen de esta desorientación está quizá en el carácter ahistórico de la cultura norteamericana. Es curioso que haya sido George Santayana —español y norteamericano— el autor de la conocida frase que se ajusta tanto a la situación actual: "quien desconoce su historia se condena a repetirla". Parte esencial del milagro de 1989 en la URSS y los países del Este ha sido la valerosa revisión histórica que han emprendido. Aunque la naturaleza del predominio norteamericano sobre varios países latinoamericanos ha sido distinta, una revisión semejante por parte de los Estados Unidos hubiera dado un remate digno al año milagroso de 1989. Por desgracia, en lugar de conocer y comprender la cruda historia de esa dominación, los Estados Unidos han decidido repetirla.

Así, la memoria histórica ha quedado a cargo de los agraviados. En México —país que, al revés de los Estados Unidos, vive de cara al pasado más de lo que sería saludable o necesario—, la invasión de Panamá ha des-

partado recuerdos no sólo similares sino casi idénticos: la ocupación del puerto de Veracruz a mediados de 1914 para "ayudar a la democracia" provocando la caída del Noriega mexicano de ese momento —el general Huerta—; y la Expedición Punitiva comandada dos años después por Pershing, en la que por varios meses miles de hombres persiguieron infructuosamente a Pancho Villa. Los marines de entonces, como los actuales, salieron dejando una estela de resentimiento. Como en aquellos años, la prensa mexicana se ha llenado de referencias al *big stick* de Teddy Roosevelt y no es preciso ser radical para unirse al coro: hasta la Iglesia, los partidos de derecha y los empresarios repudian los hechos. Esto es lo que el señor Bush llama: "sólido apoyo latinoamericano".

Un aspecto particularmente triste del asunto fue el tratamiento que le dieron los medios. Los espectadores mexicanos pudimos comprobar a través de los noticieros por Cable, que Big brother visita de pronto la NBC o la CBS. De nuevo Lippmann: "una prensa reptil publica lo que los poderosos desean que se publique y suprime lo que los poderosos desean suprimir... sus comentarios consisten en maquillar los hechos de quienes la controlan. Una prensa así, no hace ninguna investigación independiente de los hechos". Con excepciones, los medios norteamerica-

nos han cubierto *reptilmente* la invasión. Para ellos se trató de una guerra de liberación. La prensa mexicana dio cuenta de escenas de violencia y sufrimiento de la población civil en Panamá que los medios norteamericanos ignoraron. Ninguno atendió la dimensión histórica del problema. (Un simple recuento de las invasiones norteamericanas a Centroamérica o a Panamá hubiera bastado para equilibrar el cuadro). Pocos análisis mencionaron el punto de vista del Derecho Internacional o calibraron los costos políticos de la operación —frente a las próximas elecciones en Nicaragua, por ejemplo. Ninguno, que se sepa, interpretó la condena unánime de la OEA. Pero lo más sorprendente es que nadie se preguntara siquiera sobre la oportunidad de la invasión, llevada a cabo justo en el año del triunfo histórico de la democracia liberal sobre el sistema que compitió con ella durante casi todo el siglo XX.

Ahora que Castro ha prohibido la circulación de la prensa soviética, es extraño que no haya utilizado como propaganda antimperialista la cobertura imperialista de los medios norteamericanos. Para completar la situación orwelliana, sólo hizo falta que la "Operación Causa Justa", se denominara "Operación Ayuda Fraternal".

27 de diciembre de 1989

## CHILE: EL DIFÍCIL RETORNO A LA DEMOCRACIA

ISABEL TURRENT

DESDE QUE EL HOMBRE inventó el convenio social que conocemos como democracia liberal, la demolición de las democracias ha sido un espectáculo muy frecuente. Una y otra vez, los sistemas liberales han sido sustituidos violentamente por regímenes totalitarios, dictaduras militares o gobiernos personalistas. En ocasiones, las democracias fueron presa de su propia liberalidad: proporcionaron a sus enemigos los canales idóneos para tomar el poder. El ejemplo más extremo es, tal vez, el de la república de Weimar y Hitler. En 1933, Hitler llegó al poder precisamente a través del sistema electoral establecido después de 1918. La naturaleza misma del sistema democrático es paradójica y su evolución no ha respondido jamás a las leyes generales. Sin embargo, hay una constante innegable en la historia de las democracias: el tránsito pacífico de un sistema totalitario o dictatorial a uno democrático, ha sido un fenómeno tan raro y llamativo como las apariciones de los cometas.

En este escenario, 1989 fue un año absolutamente excepcional. No un país sino todo

un mundo, el socialista, adoptó gradual o repentinamente formas de gobierno y manifestación pública pluralistas y democráticas y sistemas económicos liberales. Pero no sólo las antidemocráticas "democracias populares" construidas a imagen y semejanza de la Unión Soviética stalinista transitan pacíficamente hacia el liberalismo (¿qué es el socialismo?, pregunta un chiste ruso reciente. Respuesta: el camino más largo hacia el capitalismo). Chile, el paraíso de la represión desde 1973, cuando el general Pinochet encabezó un golpe de estado contra Salvador Allende, ha emprendido por fin, el camino de vuelta a su vieja tradición democrática.

### LA HERENCIA DEL PASADO

El golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 que destruyó al gobierno de la Unidad Popular (UP) fue una tragedia política para Chile. Fracturó un sistema democrático añejo y tolerante, que permitió que el pueblo chileno cambiara 5 veces en 20 años la orientación ideológica y la composición política de

sus gobiernos. Asesinó o reprimió brutalmente a decenas de miles de chilenos y envió al exilio a cientos de miles que formaban la élite política de los viejos partidos, muchos de los cuales habían dominado por decenios el juego político chileno. Por último, dejó sin voz a todos aquellos ciudadanos que eran la clientela de los partidos de izquierda. Para ellos, Pinochet lanzó una consigna que puede resumirse en dos palabras: callar y obedecer.

El 11 de septiembre se inició también un acalorado debate, que no terminará tal vez sino hasta que se reestablezca plenamente la democracia en Chile, sobre las razones que llevaron al golpe militar. Entre ellas se encuentran: el resquebrajamiento y la radicalización de los partidos de la UP, el abismo entre el marco institucional y el proyecto socialista del gobierno de Allende —el aparato legal burgués, las instituciones y el funcionamiento mismo del sistema político en 1970 se convirtieron en un obstáculo insalvable para el "experimento chileno"— la dependencia en la ayuda de los países socialistas que no llegó jamás y la oposición norteamericana.

Estas causas del golpe servirán ahora a los partidos de izquierda en Chile para evitar los errores del pasado. Pero más allá de la responsabilidad de los partidos y de los seguidores de la UP, parece haber una causa fundamental del desastre de 1973, que puede explicar el desmoronamiento de otros sistemas democráticos —como el de España en 1936— y se reflejará, sin duda, en el tránsito hacia la democracia.

#### EL CONVENIO Y LAS RAZONES DEL GOLPE

Desde que John Locke y Rousseau formularon la idea de que el orden social está cimentado en un contrato, muchos filósofos políticos han mantenido esa ficción para explicar el surgimiento y la permanencia de diversas sociedades. La idea de que existe un convenio en la base de todo orden social posee un atractivo indudable: en cualquier sociedad parece haber, en efecto, un acuerdo tácito sobre las reglas que deben gobernarla, los hechos que deben penalizarse y las fronteras precisas de ese consenso social.

Para 1970, el convenio sobre el que estaba montado el sistema político chileno preveía la posibilidad de que fueran electos candidatos de centro, izquierda o derecha, que llegara al poder un solo partido —como sucedió con el Demócrata Cristiano en 1964— o una coalición múltiple —como la UP en 1970— y que el presidente fuera electo por una mayoría absoluta o relativa. El sistema político chileno funcionaba, como todos los regímenes democráticos, bajo el supuesto de que los partidos y grupos políticos perdedores seguirían funcionando como tales. Los partidos, maquinarias electorales, se prepararían para triunfar en las siguientes elecciones aprovechando los errores del gobernante en turno y criticarían al gobierno desde la tribuna del congreso. La oposición tenía un instrumento extremo frente a un presidente que actuara de forma ilegal: el desafuero. La Constitución otorgaba estos instrumentos a la oposición bajo un supuesto fundamental: ésta actuaría con responsabilidad política.

Del desastre de 1973 se derivan dos preguntas fundamentales: ¿por qué y cómo se resquebrajó el convenio que sostenía al sistema político?, ¿qué lecciones pueden extraerse para el presente? La respuesta a la primera pregunta puede construirse como un supuesto aplicable a otros casos parecidos al Chile de 1970 y que en el de la Unidad Popular es perfectamente comprobable. Este supuesto establecería que cuando un candidato llega al poder por una mínima mayoría relativa de los votos, en una situación económica crítica, y armado con un proyecto político que no convoca el consenso social porque pretende nada menos que la demolición del sistema, el contrato social se rompe. Las células del sistema político —instituciones como el congreso, los grupos de presión y los partidos— se vuelven organismos disfuncionales

y como células cancerosas destruyen gradualmente al sistema que les da vida.

En 1970 Salvador Allende fue electo con sólo el 36.1% de los votos y gracias a los errores políticos de la oposición: si la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Nacional (PN), hubieran presentado un mismo candidato, o si el candidato demócrata cristiano —Tomic— no hubiera sido un radical de izquierda dentro de la DC, Salvador Allende no hubiera llegado a la presidencia. La situación económica era crítica: en los años anteriores a 1970 el PNB creció en un 2%, la producción industrial apenas se había elevado, la inflación iba en ascenso y Chile era en 1970 el cuarto mayor deudor en América Latina. Por último, el programa político de la UP parecía diseñado para dividir aún más a la sociedad chilena. Allende se proponía "poner en marcha un largo proceso que conduciría al socialismo... una revolución democrática contra la burguesía y el imperialismo"; efectuar una larga cadena de nacionalizaciones en el ámbito económico y en el político elaborar una nueva constitución y sustituir al congreso por una Asamblea del Pueblo.

La Unidad Popular nunca pudo gobernar con una estrategia única y coherente: padeció de una continua fragmentación de los grupos políticos que la componían: el Partido Socialista (PS) y el Comunista (PC), el Radical (PR), el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), Acción Popular Independiente (API) y el Partido Social Demócrata (PSD). Las posiciones de los partidos de la UP se polarizaron. Unos, sobre todo el sector más radical del PS, presionaban a Salvador Allende para que acelerara el proceso —en esas circunstancias, una política suicida—. Otros, entre los que se encontraba paradójicamente el PC, querían que el presidente negociara con la oposición y adoptara una política más moderada. Los partidos de la UP perdieron toda noción de responsabilidad política. Pero el fenómeno fue mucho más acusado y grave en el caso de los partidos de oposición.

La oposición no pudo jamás convencer a las dos terceras partes de los representantes en el Congreso de que votaran a favor del desafuero de Allende. Optó entonces por una estrategia disfuncional y tan suicida como la de los radicales dentro de la UP. Apoyó y alimentó el sabotaje económico de diversas organizaciones empresariales y sindicatos, sostuvo una campaña política de desinformación encaminada a sembrar el pánico en la sociedad: adjudicó a la UP intenciones que nunca tuvo —por ejemplo acusó al gobierno de entregar la comercialización del cobre a los soviéticos— y distorsionó sistemáticamente la política gubernamental en los medios de comunicación a su alcance. Al igual que las células enfermas en cualquier organismo, alteró los programas del sistema político y bloqueó las pocas oportunidades que la UP tuvo de gobernar. Recurrió, por ejemplo, a multiplicar a tontas y a locas las llamadas "acusaciones constitucionales". El procedimiento consistía en presentar una moción contra un ministro de la UP y aprobarla por mayoría: en 1972, el número de acusaciones superó por más de 6 veces el promedio histórico; en 1973 esa proporción fue aún mayor. Aunque Allende recurrió en ocasiones al "enroque" —sustituía al ministro acusado por otro—, era evidente que la estrategia de la oposición podía tener, tan sólo, dos resultados —el segundo consecuencia lógica del primero—: establecer la más absoluta de las anarquías y provocar un golpe de estado militar. Y eso exactamente sucedió.

EL EXILIO Y LAS LECCIONES DEL GOLPE

Durante los tres años de gobierno de Allende, Chile se convirtió para muchos en la guerra civil española de los setenta. La brutalidad del golpe reforzó el interés internacional en Chile y abrió las puertas de muchas naciones a los cientos de miles de refugiados que abandonaron el país. La mayoría de ellos pertenecía al PS, el partido de Allende, pero muchos exilados eran miembros del PR, del MAPU, del PC y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, que no formó parte de la UP pero fue objeto de una represión especialmente brutal porque lanzó una campaña de resistencia armada contra el gobierno militar.

La importancia del exilio en el proceso de vuelta a la democracia que Chile vive actualmente radica en saber hasta qué punto durante esos largos 16 años, los partidos chilenos repitieron los errores del pasado; o bien, a partir de una profunda autocrítica, adoptaron una posición política diferente que pueda llegar a ser el cimiento de un nuevo convenio.

Para empezar, es indudable que una buena porción de la izquierda es ahora mucho más moderada que en 1973. Gorbachov ha colocado a los comunistas chilenos, siempre atentos a los lineamientos soviéticos, más al centro del espectro político. Al igual que los socialistas de Almeyda, los líderes del PC pasaron su largo exilio en la URSS o en Europa Oriental y vieron nacer y desarrollarse a la perestroika: tarde o temprano la reforma económica soviética se reflejará en el programa económico de los comunistas chilenos. El "estatismo" —la fe ciega en la necesidad de un estado interventor y poderoso— será sustituido por ideas más liberales. El impacto de la perestroika acercará por fuerza al PC y a los socialistas y radicales moderados. Los socialistas exilados en Francia e Italia trajeron del debate sobre las lecciones de Chile una estrategia moderada y pragmática: ideas más flexibles sobre la planificación y el convencimiento de las bondades de una economía mixta y de promover la cooperación entre el capital, el trabajo y el gobierno.

Por desgracia, no toda la herencia del exilio es una invitación color de rosa a la armonía partidista. Finalmente, varios partidos de oposición repitieron en el extranjero la historia

de fragmentación y divisiones que persiguieron, con consecuencias desastrosas, en Chile hasta 1973. Peor aún, el exilio exacerbó la fractura de la izquierda. El PR se dividió en dos facciones principales y otras menores, el PS se dividió también en dos. Por una parte, los socialistas "renovados" que encabezó primero Ricardo Núñez y luego Jorge Arrate. Este grupo que se contagió del Eurocomunismo, adoptó una posición pragmática y moderada, inició el diálogo con sectores empresariales y se mostró menos preocupado por tomar el poder y más por difundir los valores socialistas. Por la otra, surgió en el exilio el Partido Socialista de Clodomiro Almeyda —ex ministro de Asuntos Exteriores de Allende— que sostuvo, al menos hasta diciembre de 1989, una posición política mucho más intransigente y, a la luz de lo que sucede en Europa del Este, francamente anacrónica. La Biblia de Almeyda ha sido el Manifiesto Comunista y un marxismo leninismo trasnochado y más cercano a Castro que a Gorbachov. El problema con el PS — Almeyda es que tiene una base de apoyo más amplia que sus oponentes, lo que ha legitimado su reclamo de ser el representante de la tradición socialista en Chile. La plataforma de Almeyda multiplicó su desacuerdo con la Democracia Cristiana, el partido más poderoso del país y de tendencia centrista, y los partidos de izquierda moderada.

#### UN SOLO OBJETIVO: DERROCAR A PINOCHET

A pesar de todo, los partidos que pueblan ahora el escenario político chileno establecieron una tregua en 1988. Era indispensable hacer a un lado los enfrentamientos para lograr un doble objetivo más importante que cualquier desacuerdo: responder al deseo popular de volver a un modo de vida democrático y tirar a Pinochet. Surgió así el Comando por el NO que reunió a los 16 partidos más importantes de oposición —con la notable excepción del PC—, movilizó a millones de chilenos y logró en octubre que el 55% del electorado informara plebiscitariamente a Pinochet que NO deseaba que se prolongara su gobierno y que debía convocar a elecciones para entregar el poder a un civil en 1990.

En el clima de euforia posterior al plebiscito, los distintos grupos políticos se reagruparon aceleradamente con vistas a la elección presidencial que Pinochet no tuvo más remedio que convocar para el 14 de diciembre de 1989. A mediados de año, poco antes de la legalización en julio de los partidos marxistas —menos del PC— la izquierda formó el Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS). En agosto PAIS actuó, por fin, con lógica histórica: se unió al organismo de oposición que sustituyó al Comando por el NO, la Concertación de Partidos por la Democracia y dio su apoyo al candidato de Concertación: el viejo opositor de Allende, el demócrata cristiano

Patricio Aylwin. La campaña de la oposición fue un ejemplo de cautela y disciplina. Estas son dos virtudes imposibles en la política chilena y se explican sólo como resultado del objetivo de Concertación, único punto en el que con certeza estaban de acuerdo todos los partidos de oposición: tirar a Pinochet. Desde un principio fue evidente que esta vez las posibilidades de hacerlo eran muy altas: la derecha no estaba unida. Hernán Buchi el candidato oficialista tuvo que luchar contra Aylwin y contra Francisco Errázuriz, un loquaz y rico empresario de centro derecha que privó de más votos a Buchi que a Concertación. De hecho, Buchi tenía sólo una carta en la manga, pero parecía un as: los logros económicos del gobierno de Pinochet. En los últimos años el PNB chileno creció sin cesar; en 1988 la tasa de crecimiento del PNB fue de 6% y en 1989 el PIB se elevó en 8.5% (mientras que el promedio de Latinoamérica fue de sólo 1.1%). Junto con el PNB aumentaron las exportaciones chilenas —alcanzaron la cifra

de 8 000 millones de dólares en 1989— bajó la deuda —con los prepagos efectuados por Chile es ahora de menos de 17 000 millones de dólares— se redujo la inflación a una tasa de 16.9% en 89 y, aunque el empobrecimiento de la población fue notable (economistas cercanos a Aylwin calculan que el 50% del pueblo chileno vive ahora en la miseria), Pinochet logró reducir el desempleo de casi 30% en 1983, a 6.4% a fines de 1989. El as no aseguró el triunfo a Hernán Buchi porque Concertación aprovechó el primer consenso que Pinochet hereda al futuro, la estrategia económica del gobierno militar, y convenció al electorado de que la economía seguirá funcionando igual a excepción de ligeros aumentos en los salarios y en los impuestos sobre el capital. Buchi tampoco triunfó porque el segundo consenso que Pinochet convocó, a su pesar, entre el pueblo chileno fue un intenso anhelo de volver a un régimen democrático y Buchi es todo menos un demócrata ferviente.



El resultado de las elecciones no sorprendió ni siquiera a Pinochet: Patricio Aylwin obtuvo una abrumadora mayoría, el 55.2% de los votos. Chile retornó por fin a la democracia, pero el nuevo presidente enfrenta una tarea poco envidiable. Su primer problema se llama todavía Augusto Pinochet. Antes de las elecciones, el general fue presa de una fiebre legislativa encaminada a atar las manos a su sucesor: aseguró, en contra de los deseos del presidente electo, su permanencia como comandante del ejército —aunque Aylwin logró que las fuerzas armadas se sometieran al nuevo presidente y no dependan de Pinochet— y será también senador; se otorgó la prerrogativa de nombrar a nueve senadores e hizo ya uso de ella privando a la oposición de su mayoría en el Congreso y reforzó por medio de advertencias, porque asegura que él "no amenaza a nadie", que los militares no tolerarán juicios por derechos humanos: "nadie va a tocar a mi gente, afirmó. El día que lo hagan el estado de derecho llegará a su fin". Las leyes al vapor del general obstaculizan también la libertad de acción del nuevo gobierno en

la economía: una de ellas estableció la autonomía del Banco Central y dejó la dirección de la política monetaria no al presidente sino a un consejo directivo inamovible nombrado obviamente por Pinochet. Aylwin gobernará Chile buscando ampliar los límites de la supervisión castrense. Será difícil que en tan sólo cuatro años logre que los soldados regresen definitivamente a sus cuarteles.

El segundo problema del nuevo presidente será mantener la cohesión de la coalición de partidos que lo apoyan y aplicar, a la vez, su programa. Por el momento la presencia de Pinochet ha mantenido unida a Concertación y ha logrado aun que los partidos rompan las más enraizadas tradiciones políticas de Chile: en lugar de fragmentarse, algunos partidos se han fusionado. El caso más notable es el del PS donde renovados, almeydistas y el MAPU formaron el nuevo Partido Socialista y llegaron a un acuerdo que parecía imposible: echaron por la borda al marxismo y buscan ahora fortalecerse en la lucha electoral y mantener la alianza con la oposición moderada. Tan sorpresivo como las fusiones partidistas

es el hecho de que por primera vez en decenios los partidos de oposición tienden, en lugar de radicalizarse como había sucedido siempre, a mantenerse en el centro del espectro político y fortalecer la posición del presidente electo. En suma, Aylwin tomará posesión en marzo a la cabeza de una coalición unida, pero el paso del tiempo y el mantenimiento de una estrategia económica que es aun anatema para muchos políticos de izquierda, desgastará tarde o temprano a Concertación. Y esta erosión se multiplicará cuando la presión de Pinochet, cemento de la oposición, desaparezca. En el momento en que el viejo general pase a mejor vida y el ejército deje de supervisar el juego político, los partidos políticos chilenos deberán firmar un nuevo convenio que reconozca su inevitable multiplicación —donde hay dos chilenos hay tres partidos—, que erosione desde sus raíces la fuerza de las posiciones extremas y establezca límites claros a las pugnas políticas. Un convenio que convoque el consenso de la mayoría de la población y que garantice la permanencia de la democracia.

#### LA ESCENA POLÍTICA

## 1989: EL INICIO DE LA TRANSICIÓN

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

**S**I 1988 FUE EL AÑO, como ahora se dice, del reclamo democrático, 1989 fue el año del inicio de la transición hacia la democracia. Después del 6 de julio no quedaban más que dos posibilidades: transitar hacia la democracia o, mediante un endurecimiento del autoritarismo, conservar el sistema político tal cual. El tránsito hacia la democracia ha sido el producto de la voluntad y de la acción de los actores políticos. Los papeles más relevantes han sido desempeñados por el Presidente de la República y el Partido Acción Nacional; el Partido de la Revolución Democrática, por su parte, cuando no ha obstaculizado el proceso, ha permanecido al margen. El desenlace de esta transición, como su inicio, dependerá de la habilidad y de la voluntad de los mismos actores que le dieron impulso. Nada está decidido de antemano; sin embargo, después de este año, las probabilidades de que la transición llegue a buen término son mayores.

El reconocimiento del triunfo del PAN en Baja California, la reforma política concertada entre el PRI y el PAN; el planteamiento de la reforma del Estado que perfila un proyecto de largo plazo y sienta las bases para una convergencia, también de largo plazo, entre el PRI y el PAN; y, finalmente, el reconocimiento de los triunfos del PRD en Michoacán fueron los cuatro acontecimientos más impor-

tantes del año pasado. El balance de 1989 presenta más de un claroscuro, pero es esencialmente positivo. Es cierto que algunos procesos electorales derivaron en violencia, que las protestas estuvieron a la orden del día y que la abstención continúa siendo un elemento perturbador; sin embargo, pese a las protestas y las tensiones, no se puede negar lo obvio: en Baja California el PAN controla el poder ejecutivo, el legislativo y uno de los dos principales municipios; en Mazatlán también gobierna el PAN; en Michoacán el PRD ganó la capital del estado y casi la mitad de los municipios. Cada uno de estos hechos, por sí solo, es notable; juntos, revelan una tendencia. La cohabitación, la alternancia y la concertación —si bien en forma incipiente— constituyen ya parte de nuestra nueva cultura política. La transición mexicana hacia la democracia se perfila como un proceso paulatino y contradictorio, pero con una dirección definida y en condiciones estables.

#### EL RITMO, LA GEOGRAFÍA Y LOS ACTORES

Aunque la transición mexicana se anuncia paulatina, puede producirse —como consecuencia de la misma democratización— una aceleración del proceso. Las comparaciones con Europa central deben hacerse con pru-

dencia; pero, en general, Europa constituye un buen ejemplo de dos efectos: a) el de demostración: las conquistas que se realizaron en un país inmediatamente fueron reclamadas en el resto y b) el de aceleración: a mayores concesiones mayores expectativas que obligan a mayores concesiones. El reconocimiento de los triunfos de la oposición en Baja California, Michoacán y Sinaloa suscitará, particularmente en una escala regional, ambos efectos.

Los resultados electorales de 1989 prefiguran una nueva geografía política que tendrá como rasgo principal la cohabitación. A medida que se produzca la renovación de los poderes locales, tanto estatales como municipales, veremos extenderse el pluralismo político. En el norte y el centro del país las tendencias son hacia un bipartidismo PRI - PAN, con dos rasgos principales: estados con dominio de la oposición, como el de Baja California, y con dominio de la mayoría priísta, pero con municipios (principalmente urbanos, que pueden incluir a las ciudades capitales de los estados) en manos de la oposición, como en Sinaloa. La fuerza del PRD es más difícil de localizar: los resultados del 6 de julio han sido muy volátiles, como lo demuestra el desplome de la votación por el PRD en varios estados de la República. Pero, además, el PRD tiene una configuración regional

muy diversa; por ejemplo: la fuerza que tiene en Michoacán deriva del prísmo escindido mientras que en Guerrero se trata de organizaciones de izquierda marxista muy vinculadas con la política universitaria. Con la excepción del DF —donde también habrá que ver— el PRD tiene su clientela electoral en los estados más atrasados y con predominio de población rural (en 1980 el 85% de la población de Baja California era urbana contra el 41% en Guerrero y el 53% en Michoacán). Sin embargo, y a diferencia de lo que pasa con el centro y el norte del país, resulta muy difícil pensar en una región geográfica específica donde el PRD tienda a localizar su fuerza.

Los gobernadores se están convirtiendo, como la oposición, en actores claves de la transición. Su fuerza puede medirse por su comportamiento en la pasada reforma: un grupo de ellos, junto con los senadores, vetaron la apertura del senado a la oposición. Pero su verdadera importancia reside en su papel en los procesos electorales locales. En adelante un criterio muy importante —si no el principal— para medir sus habilidades políticas será la frecuencia de conflictos electorales. Las consecuencias y los riesgos de continuar con los viejos procedimientos están a la vista. En este sentido, Michoacán, Guerrero y Sinaloa contienen varias enseñanzas: en Sinaloa se complicó una situación que, comparada con otros estados, como Michoacán o Guerrero, era relativamente simple; el acuerdo nacional del PRI con el PAN contrastó con la violencia que se produjo en Culiacán. Sin duda el gobernador fue rebasado por el conflicto y ello explica la intervención de la Secretaría de Gobernación en las negociaciones. La misma situación seguramente se reproducirá en todos los casos en que los gobernadores sean desbordados por las fuerzas políticas en conflicto. En Guerrero la situación es particularmente compleja, al menos por dos razones: 1) el atraso económico del estado y la existencia de múltiples formas de dominación tradicional, como los cacicazgos; 2) la cultura política de las corrientes que integran el PRD

en el estado. Por eso, pese a los frecuentes intentos de diálogo la situación se ha complicado cada vez más. En Michoacán, la actitud del gobierno local logró lo que parecía imposible: un proceso electoral pacífico, aun cuando las relaciones entre el PRD y el gobierno federal siguen siendo tensas. En los tres estados la participación de la población fue baja; sin embargo la complejidad de los procesos y las tensiones electorales fueron diferentes. "Paradójicamente" el gobernador mejor librado fue el que reconoció más triunfos a la oposición. Esto significa, entre otras cosas, que los criterios de la eficiencia política ya no son los de antes: la intransigencia —el "carro completo"— tiene un costo muy alto que es muy riesgoso atreverse a pagar. Un gobernador a la altura de la situación política actual debe garantizar la objetividad de los procesos electorales: de otra manera será en la calle, en las manifestaciones e incluso con violencia como se diriman los conflictos.

#### WHO IS WHO?

El triunfo del PRD en Morelia, aunado al control de más de 50 municipios, lo convierte en una fuerza capaz de disputar la mayoría en el estado. En este sentido, y pese a las enormes diferencias, Michoacán puede ser clasificado de manera similar a Baja California. Por otra parte, el reconocimiento de los triunfos del PRD en Michoacán marca el comienzo de las negociaciones entre este partido y el gobierno de la República. Pese a la retórica "incendiaria" (Cárdenas declaró el 10 de diciembre: "al gobierno de Carlos Salinas podemos ubicarlo junto al gobierno de Albania, la dictadura de Haití o la dictadura de Rumania"; cf. *La Jornada*, 20 de diciembre de 1989) las negociaciones entre el PRD y el gobierno son un hecho innegable. En estas condiciones mantener la posición de negociar con los gobiernos locales y de no dialogar con el gobierno federal, equivale a un infantilismo político: ningún gobernador se atreverá a negociar con el PRD, o con cualquier otra fuer-

za de la oposición, sin contar con la anuencia del Presidente de la República. Por eso, después de Michoacán, sería absurdo persistir en el desconocimiento del gobierno de la República. Esta situación, junto con los riesgos que implica toda forma de violencia, muestra la urgencia de una negociación general entre el PRD y el gobierno federal.

El año de 1989 no fue un buen año para el PRD: el desplome electoral —notable en Veracruz y Baja California— está muy lejos de verse compensado por los triunfos en Michoacán. Pero incluso lo sucedido en Michoacán impone a los perredistas el reconocimiento de su verdadera fuerza: el PRD está lejos, aun allí donde es más fuerte, de tener la hegemonía en el conjunto del estado. Por lo mismo, el reto del PRD no está en hacer valer una supuesta mayoría nacional que se habría configurado el 6 de julio, y que continuaría latente: sino en constituirse en un verdadero partido con una organización eficiente y con un programa de gobierno claro. Después de las elecciones de 1989 ya no se puede invocar el fantasma del cardenismo como el de una mayoría nacional que está al acecho.

#### LO CIERTO Y LO INCIERTO

La reforma política iniciada en 1989 deberá culminar con la reforma de la legislación electoral en 1990. Es muy improbable que la concertación entre el PRI y el PAN se rompa. Por lo tanto, la aprobación de la nueva ley puede considerarse como un hecho cierto. La incertidumbre está, por una parte, en la capacidad y habilidad que tendrán los gobernadores para encauzar en cada estado el proceso democratizador. Y, por otra parte, en si el PRD optará por negociar de manera abierta o se decidirá por una política ambigua: negociar allí donde le convenga, pero sin abandonar la línea contestataria e intransigente.

La transición mexicana, como dije al principio, no está ganada de antemano; pero sopesadas las certidumbres y las incertidumbres es evidente que las primeras predominan.

## WALKER EVANS: TESTIGO DE VISTA

GUILLERMO CABRERA INFANTE

**T**AL VEZ EL MÁS duradero de los fotógrafos americanos de los años treinta, Walker Evans (1903-1975) fue de hecho el primer fotógrafo que tuvo, posteridad instantánea, una exposición personal en el Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1934. En 1941 apareció su libro más célebre, *Alabamos ahora a los famosos*, junto con el crítico de cine James Agee, que escribió los

retratos literarios de "los famosos" (el título y la frase vienen de los testamentos apócrifos) que irónicamente eran los aparceros más pobres de los Estados Unidos, los ignorados de la tierra. La belleza que perdura del libro está dada por los campesinos miserables que Evans retrató: las caras inocentes, sin malicia de los llamados "basura blanca". El libro en realidad estaba regido por la estética de

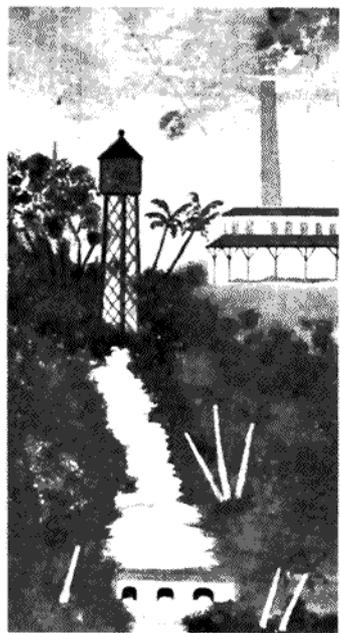
la miseria que celebraría el desafortunado sociólogo Oscar Lewis. Más tarde Evans tuvo la buena fortuna de trabajar para *Fortune*, el magazine de los millonarios y estar en *Vogue* con su estética a la moda.

Ha habido otros libros de Evans (*Walker Evans at Work* y *Walker Evans First and Last*) en que aparecen muchas fotografías de la obsesión particular del fotógrafo con La



Habana. En sólo tres semanas en otro lugar Evans vio (y fotografió) el esplendor y la miseria de la ciudad.

"No fue más que un trabajo", declaró Evans. "Deben recordar que ésta era una época en que cualquiera hacía cualquier cosa por conseguir trabajo". (Evans se refería a la Depresión.) Continuó: "El trabajo venía de una editorial que iba a publicar un libro sobre Cuba". El libro en cuestión era un panfleto escrito por un periodista stalinista llamado Beals. El libro y su autor hace rato que están olvidados, pero las fotos de Evans, intemporales, han sobrevivido. Hubo muchos visitan-



tes de La Habana en los primeros años treinta. Uno fue García Lorca, que venía de la oscura, deprimente Nueva York a Cuba y al sol. Cuando escribió a sus padres en Granada fue para decirles: "Si les dicen que me perdí que me busquen en La Habana". Otro visitante fue Ernest Hemingway, que vino a quedarse. Una vez en 1956 durante un día de pesca me dijo que todo lo que quería en la vida era quedarse en Cuba para siempre. La historia interfirió con sus deseos. El tercer hombre en La Habana fue Walker Evans, el fotógrafo que vino con una misión: encontrar el crimen de Cuba (título del libro) para ilustrarlo. Ahora las ilustraciones quieren encontrar el crimen.

Evans decía (todos los fotógrafos, cuando hablan, son mentirosos) que había llegado a Cuba "en medio de una revolución". Pero no hay revolución ni siquiera una revuelta menor en sus fotos de La Habana. Ni siquiera se sabe si estuvo en Cuba en 1932, como dice Evans, o en 1933, como dicen sus biógrafos. También dijo Evans que "Batista había tomado ya el poder". Habla ese primo hermano de la nostalgia, el espejo retrovisor. Batista era un sargento doblemente obscuro cuando Evans tomó sus fotos y salió corriendo. Evans hablaba de La Habana en una entrevista hecha en 1971, cuarenta años después de ir a Cuba.

No hay ninguna revolución visible en las fotos que Evans dijo tomar por asalto. A veces la ciudad se ve tan espléndida como la recordó otro visitante americano por esa época, Joseph Hergesheimer: "La Habana era artificial, exótica, construida entre visiones del barroco". En otras fotos Evans retrata gente pobre, miserables y mendigos y grupos urbanos y mujeres solitarias bañadas en la melancolía de los trópicos. La ciudad que nunca duerme, según Hergesheimer, está llena, según Evans, de desheredados que duermen al sol en cualquier banco de cualquier parque. Los guajiros, campesinos desterrados, aparecen perdidos en las calles de La Habana. Evans encontró lo que buscaba: "El crimen de Cuba". Pero de alguna manera estos desheredados parecen menos pobres que los aparceros que Evans retrató en Alabama años después, aunque es obvio que tanto Cuba como los Estados Unidos son presa de la misma depresión. Pero los negros de La Habana se ven mucho mejor (véase más adelante) que la basura blanca de Alabama y no se ven nunca los negros desahuciados del Sur entonces.

Evans regresó a Nueva York con todas las mujeres a las que hizo un guiño con su cámara, detenidas en el tiempo pero todavía conmovedoras: la belleza que la nada no amortaja. También anota la sólida y graciosa arquitectura colonial de la ciudad, visiones del barroco cubano y las fachadas de los cines, que siempre atrajeron a Evans, son su versión de la Arcadia todas las noches.

Por esta época vivía Hemingway en el Hotel Ambos Mundos en La Habana Vieja. Allí conoció, bebió y se emborrachó con Evans y su revolución. Fueron diez días que sacu-

dieron a Bacardí —o por lo menos a sus botellas de ron. Como de costumbre Hemingway pagó los tragos —y los estragos. Por entonces Hemingway comenzaba así su novela *Tener y no tener*: "Ya ustedes saben cómo es La Habana temprano en la mañana, con los mendigos todavía dormidos recostados a los muros". A menudo Evans parece un ilustrador de Hemingway más que de Beals.

*La Habana 1933* lleva (o mejor arrastra) una muy larga introducción francesa tan inexacta que parece escrita por un erudito en rumores. Habla, por ejemplo, de las fotos de Evans como si ilustraran *El acoso*, la novela de Alejo Carpentier y casi las hace contemporáneas. De hecho la novela de Carpentier, publicada en 1956, está situada en la época constitucional de Batista en los años cuarenta, no bajo la dictadura de Machado. Inclusive se habla de un cartel de la Filarmónica de La Habana, fotografiado por Evans, como una feliz coincidencia visual con Carpentier porque se puede leer en el cartel el título de la *Novena* sinfonía de Beethoven. Con sólo abrir *El acoso* se ve que la trama de alusiones musicales se refiere a la sinfonía *Eroica*. En todas partes el prólogo hace con las fotos lo que *Le Monde* con las noticias: el comentario es todo menos imparcial. Lo que explicaría la ausencia de las fotos más felices que son las naturalezas muertas de Evans con las frutas tropicales hechas copia y cornucopia.

Además de que el *graffito* que dice "Abajo la Guerra Imperialista —PC" con que termina



Walker Evans

el libro es anacrónico. El slogan de "guerra imperialista" es una invención de Stalin del año 1939. De ser genuino los comunistas cubanos tendrían una visión adelantada de la historia: estaban ya escribiendo el futuro.

En todos esos libros en los que Walker Evans regresa y nos hace regresar a La Habana en el sueño (y en las pesadillas) de sus retratos hay siempre una presencia perturbadora, como un fantasma constante. Es la imagen de un negro vestido implacablemente

de punta en blanco. Está parado en una esquina céntrica viendo pasar a medio mundo. Evans lo llama "el ciudadano de La Habana". Lleva un impoluto traje de dril blanco y una camisa de cuello immaculada con corbata negra con manchas blancas y un pañuelo al bolsillo y un sombrero de paja que estaba entonces muy de moda. Este hombre de blanco puede ser un esbirro, de los que tenía Machado y heredó Batista. Se ve peligroso tal vez porque está tan bien vestido. Como sea,

el hombre está ahí detenido en el tiempo y sólo sus ojos parecen moverse. Pero por supuesto sus ojos tampoco se pueden mover. Ahora está congelado por la fotografía y ese momento se ha hecho eterno. El *Dandy dangerous*, como diría Walker Evans, mantendrá sus ojos desvelados mientras mira al testigo invisible que lo ha hecho inmortal con un guiño, negro sobre blanco, como la fotografía.

© G. Cabrera Infante 1989

## CARTA DE MADRID PROTAGONISTAS

BLAS MATAMORO

### PASIONARIA, A LA SOMBRA DEL MURO

CON TRES DÍAS de diferencia, se empezó a demoler el muro de Berlín y murió Dolores Ibárruri, la Pasionaria, la líder comunista de toda la vida. Tras dos años de sequía, empezó a llover a cántaros en España y el cortejo fúnebre cruzó un Madrid brillante y penumbroso de tormentas. Entre las 200 mil personas que concitó Pasionaria había de todo: desde el alcalde capitalino, un hombre de centroderecha, hasta los terroristas de la ETA, que nunca contaron con las simpatías del comunismo, pero que venían por afinidades de raza a honrar a una vasca peleadora y resistente.

Elogios unánimes, o casi, cubrieron la imagen final de doña Dolores, a partir de sus años de vejez, que la habían convertido en una abuela española más o menos reconocible, con sus peinetas, sus refajos negros y sus copillitas para alegrar a los nietecitos. Como la lluvia tanto tiempo esperada, la historia moja por igual a todos los muertos. Recuerdo la frase de Romanones cuando debió asistir, con pocas horas de diferencia, a los velatorios del socialista Pablo Iglesias y del conservador Antonio Maura: "Nada hay tan democrático como la muerte".

Bella fue la liturgia del entierro, esa fiesta silenciosa en que el sujeto parece ser iniciado a una vida nueva, como en las bodas, los bautizos o las puestas de largo de las adolescentes. Estaba allí Rafael Alberti con sus versos de la guerra civil, estaban las banderas bermejas con sus hoces y martillos dorados, estaba la voz grabada de la muerta agradeciendo la presencia de la gente, había puños en alto y manos santiguándose. Sonó la *Internacional*, música de fondo para tantas esperanzas colectivas y tantas masacres. Pensé en los ancestrales cultos a los muertos en estos países meridionales, tan trabajados, además, por la teatralidad barroca del catolicismo. No el culto a la muerte, sino a los muertos, a los

restos mortales, a la presencia física del difunto como objeto de un ceremonial.

Pasionaria, como todas las mujeres pobres de su tiempo, había sido educada en el catolicismo. Su apodo evoca la Pasión del Señor. Los gritos de "No pasarán" con que la despidieron sus camaradas recuerdan la derrota republicana en la guerra civil, una pasión en el doble sentido de la palabra: arrojó y martirio. Alguna tarde, en Moscú, Pasionaria tradujo su fe salvífica y se hizo comunista. Le tocó sufrir y pelear por todos los embates que propina la historia a quienes pretenden protagonizarla. El súbito suceso del PC durante la guerra española, la devoción por el padrecito Stalin, la tremenda revelación de 1956, con el Informe Kruschev ante el XX Congreso del PCUS. Entonces, las historias de los campos de exterminio no eran ya fábulas de la reacción.

Ese mismo año, el PC español publica su consigna de reconciliación nacional. Visto que las democracias no se interesan por presionar a Franco y que la URSS se encoge de hombros ante el problema español, se renuncia formalmente a la lucha armada y se proclama un retorno al sistema democrático. Es indudable que, desde entonces y, sobre todo, durante la transición, los comunistas españoles han jugado decisivamente en favor de la nueva legitimidad y Pasionaria tomó asiento en el Congreso de los Diputados junto a algunos de sus enemigos de guerra.

La vieja militante ha muerto en medio de una honda crisis de identidad para la gente de su partido. Para seguir con las comparaciones religiosas, invoco la figura del converso. Los comunistas españoles se están convirtiendo a la socialdemocracia, dicen que son la única socialdemocracia del país y se niegan a que los llamen comunistas, exigiendo respeto por el rótulo de Izquierda Unida. Tienen la alegría y el deslumbramiento de quien acaba de descubrir algo que ama. Como los enamorados, suponen que han in-

ventado el ser amado y hasta el amor mismo.

La socialdemocracia ya no es socialfascismo ni amarillismo ni traición a los ideales socialistas, sino la manera de ser en el mundo de la actual historia europea. Tal vez abusivamente, estos conversos enamorados creen que la socialdemocracia es un invento suyo. Sí, ya sabemos que la propulsaron Engels, Kautsky, Bernstein, etc. y que la anatematizó Lenin. Bien, pero ¿por qué caminos anduvo la historia en estos setenta años? ¿Cabe borrarla de un plumazo decretal como si nunca nadie hubiera sido comunista? ¿Qué clase de materialismo histórico es este, que soslaya tan radicalmente su propia historia?

"No pasarán". Sin duda, esa una consigna guerrera, excluyente. No pasarán ¿quiénes y por dónde? Erick Honecker, pocos días antes de la apertura del muro berlinés, profetizó que duraría cien años. Otro gobernante que residió en la misma ciudad había prometido un imperio milenar que fue barrido por las hordas democráticas y bolcheviques. Es peligroso intentar adueñarse de la providencia histórica. "No pasarán" es mal lema para la Europa de hoy, que parece orientarse, más bien, al "pasen todos por todas partes". Se integran las economías y las instituciones, se ablandan las fronteras, se expiden fáciles pasaportes, se olvida la confrontación y se sustituye por la cooperación. Con el fin de la muralla berlinesa y de la recia peleadora vasca, tal vez se marque el fin de una época, la del "comunismo de guerra". El otro no está allí para impedirle el paso ni para que yo se lo impida, sino para que nos juntemos a escucharnos. La historia llueve sobre todos, mojado por igual los puños y las cruces.

### LA MALA HOSTIA

A pocas horas de recibir la noticia de su Premio Nobel, Camilo José Cela apareció por la televisión con un espantoso mal humor. Para precisar más: con ese estado de ánimo que

los españoles denominan "mala hostia", equivalente de otras expresiones igualmente exóticas para un mexicano, supongo: tener gas, tener café, estar de mala leche. Don Camilo rabiaba porque no le habían dado el Premio Cervantes, que todos los años se adjudica a un escritor de lengua española, con fondos del Estado. Las cosas empeoraron cuando, a las semanas, el Premio Cervantes se concedió al paraguayo Augusto Roa Bastos.

El episodio, pintoresco, cobró relieves "políticos" cuando lo instrumentó la derecha en una de sus incontables y oblicuas campañas contra el gobierno, esta vez centrada en la figura del ministro de Cultura, Jorge Semprún. En efecto, el escritor - ministro tiene todas las cualidades para ser descalificado desde aquella perspectiva: es un chico de buena familia que se hizo rojo, un comunista que se hizo demócrata (ya sabemos: un truco de los rojillos para ocultar su rojez y disimular su "cáscara amarga") y un español que se hizo afrancesado, vivió largamente en París y hasta lo conocen por esos mundos gracias a sus films hablados en *gabacho*.

Semprún dijo cosas bastante razonables: que si el premio se daba a Cela, podía tomarse el hecho como servilismo hacia la Academia Sueca y, si no se le daba, como un acto de lesa patriotismo. De cualquier forma, los que instrumentan el asunto Cela - Cervantes contra el gobierno socialista, encontrarán punta para sus navajas.

El mal humor de don Camilo siguió en aumento. Parece que las honras escandinavas lo cabrean. No deja de ser curioso pero, al tiempo, lógico. Ya Unamuno dijo en su tiempo que, cuando alguien pronuncia un elogio en España, hay que preguntar contra quién va dirigido.

El tema genérico es si un escritor tiene derecho a reclamar un premio literario. Si

alguien puede considerarse acreedor a los que da la Fundación Guggenheim o el Ateneo de Xochimilco. Luis Rosales fue alguna vez lapidario al respecto: "Creer que uno merece un premio es como creer que uno merece ganar la lotería". Se puede reclamar la jubilación, el salario mínimo, el importe de una letra de cambio, pero los escritores no pueden reclamar nada cuantitativo, ya que los méritos literarios son tan efectivos como imponderables. Se puede persuadir acerca de ellos, no demostrar nada que se cuente o se mida. En efecto ¿quién daría al niño Alighieri diez puntos en italiano, al niño Racine nueve y medio en francés y al niño Shakespeare nueve tres cuartos en inglés?

Cela es considerado el mejor narrador español de su tiempo, aquel árido despunte de los cuarenta en que la narrativa española era poco perceptible: Ángel María Pascual, Rafael García Serrano, Agustín de Foxá, Carmen de Icaza. Los más notorios narradores de aquellos comienzos (Rosa Chacel, Francisco Ayala, Max Aub, Ramón Sender) estaban en el exilio. Cela se sitúa primero en este palmarés.

Es posible que si se le agrega algún título más de los que entonces se pergeñaban en el ancho mundo (*Ficciones* de Borges, *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati, *El extranjero* de Camus, *Luz de agosto* de Faulkner o los *Diarios de la ocupación* de Jünger) esta obra se contraliga, municipal. Pero, insisto, siempre sin cuantificar.

La imagen de Cela tras el premio fue la de un hombre subvaluado, postergado y hasta marginado por la España de siempre. Un poco abusivo, este recuento, quizás ha servido, como contratóxico, para recordar noticias que más valía mantener olvidadas: que Cela desertó del ejército republicano para ingresar en el "otro", que fue censor de prensa (y de vía muy estrecha) y se ofreció a denunciar

rojos que disimulaban su condición. Todo ello, escasamente compatible con el mito del hombre que nada ha recibido de sus compatriotas hasta que los suecos manifestaron su estímulo.

El gesto hosco de Camilo, su altanería y desprecio por el interlocutor, sus frases en voz baja, integran la panoplia de la mala hostia de posguerra. En aquella España apenas se podía pasar del gesto y la crítica se convirtió en queja, en vieja queja sermonaria contra los males del mundo y de la historia. La mala hostia es el reverso de la crítica, su reducción al absurdo. Es admitir la pareja maldad de todo, que es como admitir su pareja bondad.

Luego, el régimen se fue aflojando y, nunca mejor dicho, permitió aflojar ropas y músculos. Cela se convirtió en el laxo institucional de España y sus conferencias prodigaron culos, tetas, cojones y mierdas con generosidad quevedesca. En especial (vaya un guiño a los psicoanalistas de los barrios pobres) hubo un relajo esfinterial y así, con él, las flatulencias, diarreas y demás episodios tormentosos ventrales. Y ahora, como todo se puede decir, Cela, que permanece con su imaginario estatuarmente fijo en la inmediata posguerra, continúa proliferando en su estética pedorra, con o sin invocaciones al siglo de oro. Para redondear: el áureo metal y las heces suelen confundirse en ciertos raptos simbólicos.

Víctima de su imaginario, Cela ha sido atrapado por *La colmena*, la moral del sálvese quien pueda y conmigo no se metan. La moral de despreciar al portero para entenderse con el señorito del primero principal. Y poner cara de mala hostia ante un país que, en su pequeñez y cerrazón, me permite ser el primero de la panda pero que es, al tiempo, una cárcel que me impide saber en qué mundo ocurre mi historia.

## CARTA DE LONDRES CECIL COLLINS

JASON WILSON

EN ESTA ÉPOCA de cambios deslumbrantes en el mapa europeo he estado pensando otra vez en nuestra famosa insularidad. La señora Thatcher se niega a colaborar en el plan Delors para la unión de 1992; quiere asegurar cierta autonomía británica frente al continente. He leído una encuesta sobre esta actitud. De todos los primeros ministros de este siglo, Thatcher es la menos popular pero más de 70% de la población está de acuerdo con ella cuando se trata de Europa. Esta sospecha de todo lo que se inicia allá se manifiesta en nuestra cultura. Quizá una causa es que la mayoría de los ingleses

no entiende a los otros europeos. Más estadísticas: 41% de los ingleses han estudiado francés pero 82% de los franceses han estudiado inglés. Como ejemplo de curiosidad antropológica esto explica mucho. Un pintor inglés, Cecil Collins, recién fallecido, me viene a la mente.

Lo conocí una tarde gris de invierno en el taller de un amigo pintor. Era flaco, encorvado, casi jorobado y estaba envuelto en mucha ropa a pesar del calor del cuarto. Se parecía a un pájaro, sus ojos delataban una curiosidad casi infantil. Elizabeth, su bella mujer, también pintaba. Se presentó con una

confesión: "¡Soy un artista anti-bohemio!" Me acordé de que había participado en la Exposición surrealista londinense de 1936. Figura en el catálogo preparado por Herbert Read, pero lo echaron después de descubrir que había escrito la palabra "resurrección" once veces en un cuadro. No habló bien del grupo surrealista inglés, y alabó a Dalí. Me tocó con el codo: "Gracias a los surrealistas nadie sabe hoy si un cuadro es bueno o malo". Según Collins la surrealidad de los surrealistas de entonces se confundía ingenuamente con la utopía marxista. La destrucción de la segunda guerra mundial terminó con este sueño



Cecil Collins: *The Sleeping Fool*, 1943

milenario. Para un pintor era más fértil asociarse con científicos. Después hablamos largamente de *Stalker*, la película simbólica de Tarkovsky. A través de su análisis de esta película metafísica nació mi impresión de que tenía delante de mí a un pintor que hablaba mejor de lo que pintaba.

Había pasado su vida enseñando. Gracias a una técnica jungiana de despertar "creatividad", más que otra cosa había acumulado un séquito de fieles. Cuando tuvo que jubilarse en 1973 (nació en 1908) sus alumnos protestaron y siguió muchos años más. Una clase típica suya empezaba con ejercicios de respiración con los ojos cerrados; después todos garabateaban cualquier cosa, primero con la mano izquierda, luego con la derecha. Estas excentricidades le dieron fama de loco inofensivo. Me dijo: "Vivimos en una época de enseñanzas porque todo se ha roto". El vicio de la enseñanza se convirtió en un afán de explicarse en palabras; era un lector asiduo de Rilke, de Yeats, de los poetas místicos ingleses como Traherne y Vaughan y compartía una casa en Chelsea con Kathleen Raine, directora de la revista literaria *Temas*, que le dedicó una larga entrevista fascinante en el primer número. Hablar con él se hizo un placer poco londinense; sabía que iba todos los días a un "pub" para tomar su "pint" de cerveza y refrescarse de la soledad de su taller.

Fue marginado por las galerías principales porque estuvo aparte de las novedades del arte abstracto de los años 50 y, después, del pop. Pintaba como si muchas escuelas europeas del siglo veinte fueran farsas y no contasen. Para él la pintura comenzaba con William Blake, con Samuel Palmer, y se asociaba con Eric Gill, David Jones y quizá Stanley Spencer; descubría valores espirituales a través de la representación y del color. Como Blake, buscaba lo que llamaba "la percepción directa". Vivió con "la certeza intuitiva de que lo que normalmente vemos es solamente una parte limitada de la realidad". Este

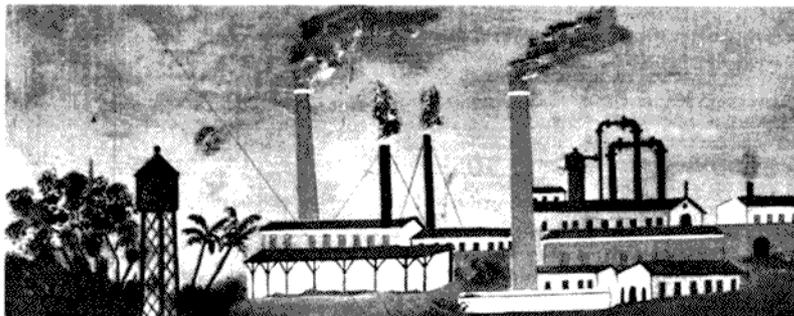
verano (1989), al final de su vida, mereció una retrospectiva en la Tate Gallery, y pudo asistir en silla de ruedas meses antes de morir. Al lado, en la misma Tate, había una exposición de Paul Klee, atestada de un público serio. En las salas dedicadas a Cecil Collins no había nadie. Sus temas no hablaban mucho de nuestra cotidianidad; durante la guerra pintó ángeles y *fools* (bufones). Su cuadro más llamativo, *Himno a la noche* (y a Novalis), brillaba de un azul nada común, con Eva delante de un árbol. Es un cuadro cuyos colores no se adecuan a la idea. Yo echaba de menos más sensualidad, más gozo en el color. A pesar de títulos como *El guardián del paraíso*, presentaba algo asfixiante, interior, demasiado mental. Como si todo lo que había pasado en estos años desastrosos no lo hubiese tocado. Dio la espalda a la guerra, a la miseria de los años 50, al júbilo de los 60. Cuadro tras cuadro evocan a *the Fool*, Collins mismo, y *the Fool* significaba "un estado de vulnerabilidad creativa" frente a la destrucción. Al no aludir a su época, sino a la falta de valores, quizá su arte sobrevivirá una vez que nuestro olvido se haga cargo de la historia. Típicamente Collins explicaba que el arte libera al hombre de "la hipnosis del tiempo". En un mercado de autopromoción, de valores Sotheby (casa de remates de objetos de arte) como los de David Hockney y Lucian Freud, Collins es un antidoto. Dijo: "Compongo mis cuadros hasta el último detalle en mi mente: a veces son tan perfectos que no siento necesidad de pintarlos." Así no se venderán en subastas.

Un nuevo libro, sin mencionar a Collins, lo pone en perspectiva. Bryan Appleyard publicó *The Pleasures of Peace. Art and Imagination in Post-War Britain*, hace cuatro meses, en Faber. Trata de definir el carácter nacional, pero no llega más allá del lugar común de que vivimos en una isla. Enjuicia el modernismo británico de los años treinta como "francamente pastoral" (cita a Nash); culpa a una clase media desarraigada por fuerzas

que no quiere entender, y que vuelve hacia un pasado "pintoresco", como lo hizo un William Morris antes. Un libro resume esta enfermedad y es la última novela de V.S. Naipaul, *The Enigma of Arrival* (1987). Aparte de ser casi autobiográfica, y clarificar la estética novelística de Naipaul, también desentraña la nostalgia inglesa por su paisaje, sus casas señoriales, sus iglesias y chozas con techo de paja como fenómenos que los mismos ingleses encuentran "irreductiblemente ajenos a sus antepasados que los construyeron". Es decir, la tradición no es un puente que lleva a un pasado compartido. En el campo de Wiltshire (donde tiene casonas casi toda la familia real) Naipaul descubre una nueva generación que vive separada de su pasado inmediato, como Naipaul mismo de Trinidad. Más todavía, extranjeros y coloniales como él son los únicos con la curiosidad necesaria para atreverse a explorar la actualidad de este país. Cecil Collins pudo explicar — a sus alumnos, a sus amigos — la degradación metafísica actual, pero sus cuadros tratan de ser optimistas, evocan imágenes de paraísos terrenales a lo Palmer; tenemos que recurrir a una novela lenta, con largas frases perezosas, para dar vuelta las imágenes doradas de la campaña inglesa y ver lo que realmente ha pasado desde el triunfo de la guerra hasta el popular rechazo de Thatcher del intento de unirse al continente europeo. Los ingleses quieren permanecer isleños y aislados. Como Collins, se sienten orgullosos del remanso en que los va a dejar la historia.



Cecil Collins: *Head of a Fool*, 1949



## LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

## ELIOT

No es fácil traducir a Eliot, ni lo que sobre su vida y su obra se ha glosado e investigado. José Emilio Pacheco tradujo "Los cuatro cuartetos", pero en ello invirtió mucho estudio y esfuerzo, y lo hizo como una contribución a los trabajos del Colegio Nacional, el cual coedita la edición reciente en los *Cuadernos de La Gaceta*. Lástima que Pacheco no se haya decidido a hablarnos de su labor de traducción en algún prólogo o epílogo. Aunque no hay mal que por bien no venga, ya que el texto traducido luce de tal suerte con su propio brillo, dejando en la penumbra el servicio considerable que le presta su versión.

## JUVENTUD Y MADUREZ

Al mismo tiempo aparece, bajo el título de *El joven Eliot*, un breviario que contiene en español el brillante ensayo biográfico que Lyndall Gordon tituló en inglés *Eliot's early years*. Alguien indudablemente capacitado había acometido la empresa de traducirlo, pero se arrepintió, largos meses después, a medio camino, y hubo que recomenzar aquella, encomendándose a Jorge Aguilar Mora, quien a la larga venció, con experiencia, dedicación y voluntad, las incuestionables dificultades. Por cierto, la señora Gordon publicó ya la segunda parte de ese ensayo, *Eliot: A new life*, en donde despliega la madurez —harto melodramática— del poeta anglocatólico. Ojalá que podamos leer en castellano algún día este indispensable volumen. Junto con la otra biografía eliotiana que se ha vuelto clásica, la de Ackroyd; y con *La era de Pound*, el brillante y grueso libro de Hugh Kenner —el talentoso José Luis Rivas empezó a traducirlo hace años— sobre este productivo y

notable período de las letras angloamericanas.

## 101 AÑOS

Y a propósito de lo mismo, Cynthia Ozick conmemora, no ya el centenario sino los 101 años de T. S. Eliot, en *The New Yorker*, con uno de esos larguísimos artículos que esa revista difunde de vez en cuando (ejemplos: los cuentos de Salinger, la crítica de Edmund Wilson y George Steiner, los reportajes de John Hersey, *The fire next time*, de James Baldwin, etc.), y que pueden o no recogerse en subsecuentes libros. La pieza de la Ozick es implacable pero inteligente. Da en el clavo al señalar las múltiples debilidades humanas e ideológicas del Possum, aunque no pasa de ser un capricho dogmático el declarar la virtual obsolescencia del poeta en el posmodernista ambiente literario de nuestro tiempo. Si *The Waste Land* ha perdido vigencia entre los pop, pues francamente, tanto peor para éstos. Como los hispanohablantes vamos siempre a la zaga de la moda cosmopolita, por fortuna en este caso, todavía reconocemos, pese a las recién desenterradas flaquezas de su autor, la importancia permanente de la revolución intelectual que este gran poema, y otras creaciones similares, causaron en nuestra cultura contemporánea.

## LA VIE QU'ON DONNE

Los pródigos y provecos manifestantes pro-vida (como probablemente describiría al grupo el instituto aliterativo de don Fructuoso Labrador, proyectándolo al prosenio) proclamaban, en ayatólicos carteles: "¿Dónde estarías si tu padre hubiera usado condón?" Ante eso, un observador tan ocurrente como eugenésico razonó en voz alta: "No sé

dónde estaría yo en tal caso hipotético. Pero sí sé que ustedes están aquí ahora. Lo cual constituye un irrefutable argumento en pro del condón." Por fortuna no lo oyeron los protectores de la providencia; pues de haberlo escuchado habrían procedido a su inmediata modernización.

## AGRADO, DESAGRAVIO Y COMERCIAL

Pero hablemos de asuntos más agradables, al menos para mí. Después de una larga espera, los responsables de El Equilibrista me entregaron los primeros ejemplares de *Baile de máscaras*, volumen que contiene la mayor parte de mis traducciones de poesía. La edición, seamos honestos, está muy bien hecha. Sólo registré una falla: la omisión del nombre de José Luis Rivas, que me ayudó, con abierta generosidad y competencia entera, a compilar y adecentar el disperso papelerío que son mis archivos personales. Aprovecho este párrafo para desagraviar a José Luis, justificando así el improvisado comercial.

## UMBRAL

El libro, diseñado por las ya expertas manos de Gonzalo García Barcha, lleva, a manera de prólogo, un "Umbral" que trata de exponer, en breves palabras, las ideas del traductor sobre la traducción. Espero no ofender demasiado mi pudor ni abusar de la paciencia de mis selectos lectores, al reproducir aquellas en seguida:

"Casi de una sola vez, al descubrir hace muchos años la gran poesía, empecé a traducirla. Lo hacía, en un principio, por mero desdeseo de apropiarme los poemas que vertía; pero acaso intuía ya entonces cuanto después llegué a saber de manera diáfana y articulada:

que el ejercicio traductor es uno de los instrumentos mejores para la plena comprensión de un texto, y que lleva, si ello cabe, al concienzudo aprendizaje del arte poética.

"He leído varios libros sobre la traducción literaria (y los hay inteligentes y densos, como el de George Steiner); ninguno, sin embargo, ha sido tan determinante en mi trabajo como las escasas páginas, y la numerosa práctica, dedicadas al asunto por Ezra Pound. Créaseme, por lo demás, que en estos menesteres de conversión poética, el movimiento real de un texto se demuestra andando prácticamente la distancia que lo separa de la propia lengua; las justificaciones teóricas —o racionalizaciones— no salen sobrando, pero vienen por añadidura.

"Aunque no desdeno la traducción fácil, prefiero la que presenta más interesantes problemas. De cualquier modo, no aprecio diferencias radicales entre la creación de un poema y la versión de otro ajeno. Y a decir verdad, me es arduo insistir, si logro consumar a mi gusto su traducción, en que aún se trata de un poema ajeno."

#### J.M. COHEN

Por mera casualidad me enteré del reciente deceso en Inglaterra —hará unos meses, no sé cuántos— de Jack Cohen. Ya no recuerdo qué otro azar lo puso en contacto, a mediados de los cincuenta, con la literatura hispanoamericana, y en especial la de México. Él daba por entonces conferencias en Cambridge y era editor de libros de poesía para Penguin Books. Me escribió, le contesté, me trajo y escribió sobre mí (entre otros muchos, por supuesto). Lo visité en Londres. Le envié una multitud de libros mexicanos, antiguos y modernos. Algunas de sus diáfanas preferencias: Octavio Paz, Sandoval y Zapata, los cronistas de la Conquista y la Colonia. Así como Santa Teresa, los barrocos franceses, César Vallejo y, últimamente, Seamus Heaney. Tradujo el Quijote. Antologizó poemas "cómicos y curiosos" en inglés. Se parecía a Groucho Marx, pero era uno de los ingleses más británicos que he conocido. Vino un par de veces a México. Ya casado y embajador en Atenas, lo visité de nuevo; pero esta vez me recibió en su alegre casa de campo, en Reading, a medio camino de Oxford, y ya casi ciego. Le hizo, en su oportunidad, eficaz propaganda a nuestras letras, y lo hizo *ex gratia et amore*. Descanse en paz.

#### BIBLIOTECA PERSONAL

Con este título —el mismo que llevó la serie en *La Jornada*— ha recogido Javier Aranda 51 textos de otros tantos escritores que confiesan o analizan o describen su lectura presente. El conjunto, a pesar de grises, logro-reicas, sobrantes excepciones, mantiene el interés del lector. Y depara una que otra sorpresa. Allí Chumacero lee parapsicología; José

Luis Martínez, a Mesonero Romanos; Mutis consolida su fama (¿íntima tristeza?) reaccionaría leyendo a Voltaire, Celine y la Ajmátova; Juan Vicente Melo relee cuentos de hadas; Monsiváis inicia "como si fuera novela policiaca, el diario de Andy Warhol, épica del chisme y la malevolencia"; Aguilar Camín se adentra en Julio César.

#### CARPENTIER

Conocí a Alejo Carpentier, disfruté su amistad y sigo admirando la mayor parte de su prosa, de su imaginación y sensibilidad. Por ello mismo, me desconcierta y duele ver a la par, en esta selección de *Ensayos* que le publicó Letras Cubanas en 1984 —pero que acabo de recibir—, agudas y hermosas observaciones (sobre el barroco americano, sobre Saint-John Perse, sobre Calder y su "poesía del árbol trabado con la brisa que lo abraza y lo despeina... y que pone los metales a volar"), y juicios tan desmesurados e increíbles como el que emite, en 1977, en torno al estilo literario de Karl Marx ("La primera página de *El capital* tiene para mí un planteamiento como una fuga de Bach: no se puede decir más con menos palabras. El Marx escritor es tan prodigioso como el Marx pensador, revolucionario y filósofo"), o como el arbitrario elogio al compañero ministro de la Cultura en turno, "por su visión futura, por su visión fecundante, por lo avanzado de sus ideas". ¿Podría hablarse aquí también, aunque en sentido diverso, de las trampas de la fe?

#### TRAMPAS, SÍ

Porque vaya si la fe, y no sólo la religiosa, pone trampas. Lo mismo lleva al encomio desproporcionado de la ideología en el poder, que a extremos más o menos graves: a justificar inquisiciones y noches de San Bartolomé, a desentenderse en El Salvador de abominables crímenes mientras se condenan fechorías en Nicaragua, al nerudismo enaltecedor de Stalin, a saludar el nazismo (*dixit* Heidegger) como "una renovación del *Dasein* occidental." No. Entre las tres virtudes teológicas, definitivamente prefiero la caridad y la esperanza.

#### BARRAL

Aunque ciertamente Carlos Barral fue uno de los promotores del llamado boom, ése no fue su mérito único, ni siquiera el principal. Creó por lo menos dos editoriales que conservan su nombre (Seix Barral y Barral Editores); luego se apartó de ambas, pero nunca, ni antes ni después, dejó de batallar por la causa del libro en español y su propagación triunfal, en beneficio de muchísimos escritores y lectores de todo el mundo hispánico. Fue además un compañero generoso. Se lo veía en Barcelona, en Madrid, en México, en Frankfurt, con aquel aire engañosamente melancó-

lico que encubría su permanente cordialidad; siempre lleno de ideas, estímulos y leal atención a los demás. Si su salud fue precaria durante los últimos años, su presencia, su compañía, fueron gratas y remuneradoras en todo momento. Es un amigo más, y de los mejores, que se nos va.

#### ÚLTIMAS CARTAS

*Poesía* (Carabobo, Venezuela). "revista trimestral de poesía y teoría poética editada por el Departamento de Literatura de la Dirección de Cultura", nos ofrece, en su entrega número 73, a trueque de tan extenso premio, las últimas cartas de Mario de Sá —Carneiro a Fernando Pessoa, compacta escritura que bien podría preparar el esquema de una novela. El 31 de marzo, dicho poeta, escribe: "A no ser que suceda un milagro, para el próximo lunes o martes, Mario de Sá —Carneiro tomará una fuerte dosis de estricnina y desaparecerá de este mundo... No me perdí por nadie; me perdí por mis versos: Tapicemos la vida. Contra el mundo y contra nosotros... La tapicé sobre todo contra mí, pero qué me importa si eran tan densos los tapices, tan purpúreos, tan lujosos y festivos..."

Días después, en carta sin fecha, el mismo moribundo perpetuo le comunica a Pessoa: "Hoy es lunes 3, día en que muero lanzándome bajo las ruedas del metro Nord —Sud, en la estación de Pigalle... Informe de mi muerte a mi abuelo... dígame que lo abrazo."

#### Y MÁS

Pero el 4 de abril, continúa, sobreviviéndose a sí mismo: "perdone todos los sustos que le hice pasar... Escriba. Ríase, pero en lo más hondo tenga pena —mucho— de su

Mario de Sá —Carneiro."

Y el día 17, insiste: "¿Logra vislumbrar el peligro? Dígame lo que piensa... ¿Percebe bien mi caso?... es un horror, un horror, un extraño sortilegio... Téngame lástima de mí..."

En fin, la última, sí, la última carta, enviada al destinatario después de la efectiva muerte de su corresponsal, por José de Araujo, y dirigida simplemente al "Café RICHE, Boulevard des Italiens, Paris IX<sup>ème</sup>," reza en su integridad: "Únicamente para comunicarme con usted, mi querido Fernando Pessoa. Escribame mucho, de rodillas se lo suplico. No sé nada, nada, nada. Sólo mi egoísmo me podía salvar. Pero tengo tanto miedo de la ausencia. Para perder todo, no valía la pena tanto patear. ¡Loco, loco, loco! Téngame mucha lástima de mí. Y en el fondo tanto tumbó. Y afrontas. ¿Qué hice de mí pobre orgullo? Mire mi horóscopo. Es ahora, más que nunca, el momento. Dígame. No tengo miedo. Estoy preocupado por mi cuaderno de versos. Por otra parte, usted posee copias de todos ellos. Infórmeme. Por este mismo correo, va una postal para Santa Rita, ya que perdí su dirección. Adiós. Mil abrazos."

CARTA DE COPILCO  
**YES, IN COYOACÁN YOU CAN**

GUILLERMO SHERIDAN

**L**LEGO A BOLEARME los zapatos a Coyoacán. Yo también padezco de nostalgia. Me gusta Coyoacán, que ha sobrevivido las redecoraciones convencionales de sus delegados y el trajín machacón de la moda (que, como sabemos, es tan vulgar que hay que cambiarla a cada rato) gracias a que es una escenografía propicia para las nostalgias de todo tipo. Todo cabe en una plaza, sabiéndolo redactar.

Mejor dicho: en las tres plazas que forman una sola y, a la vez, son independientes. La plaza noreste es la del poder político emanado de la Delegación que usurpa el palacio de Cortés. Paisaje de burócratas sopolnaciales, cuya somnolencia contrasta con el ajeteo de las palomas que hacen de cada migaja un *casus belli*, la noreste es de los licenciados y de los megáfonos que, tradición priista, confunden la deseada eficacia del mensaje con los reales decibeles.

Los domingos, si hay suerte, revive el kiosco con el tachún tachún de la banda de don Gildardo Mujica; si no, habrá que padecer el ulular de la cantatriz, recién apadrinada por algún diputado, que berrea causas y efectos de amores imposibles. Los niños, en sus feroces triciclos, hacen de los paseos un kinder del periférico; los novios salen pasmados del registro civil arrastrando parentelas; los borrachos en parejas trazan un solo zig-zag que, como la plaza, no avanza ni retrocede...

La plazuela sureste es ámbito menos secular, que la rige la muy anciana iglesia de los franciscanos y en algo la empapa de su sosiego. Zona de tránsito para los más, lo que fue su atrio cobija al beaterío que lo echa de menos. Las sombras enrebozadas de las ancianas pasean el tesoro dominical de su buñuelo; se defienden con jaculatorias de los mimos que las tienen como fácil blanco, y observan desde un tedio ancestral a petimetres y matronas que acuden, alborotados, a las bodas de medio pelo.

Mi bolero está en la del oeste. Llego a media mañana, me compro el periódico y por mil pesos don Gume me da bola y me explica los problemas del país. Habla tanto que pienso que hubiera calificado para lo que Quevedo llamaba un *parlaembalde*.

La sección oeste de la plaza quiere ser la liberal, la posmoderna, la futura, la más empeñosamente simbiótica. Es nuestra traducción de lejanas *squares*, la Sloane, la Washington, la Tiananmen, la Tlatelolco. El rebullicio resuelve freaks, punks y skins aborígenes con parejas de caramelo, turistas de zoom back, musicistros de quena y bombo, gurúes albeantes, niñas punto de turrón, intelectuales

que orean su Savater, snobs con el péndulo dispuesto a fukó, limosneros de toda catadura, parejas pomadosas, activistas cuya causa quiere contar contigo y, desde luego, la última frontera de la nación jipi que aún cree en jarecrishna y aún habla en argó.

Si la plaza noreste huele a tinta, a pulque y a desinfectante, la sureste huele a incienso y a azucenas maceradas y la oeste se delecta en un dulzón pachuli de traspatio y en el esprei rompecélulas de los pintores jebimétal. Si en la noreste retumba el megaguat populachero y en la sureste se musita el *tantum ergo*, en la oeste conviven la agrura de pinflor y el canto a mi aconcañita. En la priista se come democrático chicharrón, churro beato en la segunda y capuchino posmo en ésta. Respectivamente, se leen la autobiografía de Raúl Velasco, la hoja parroquial y *La Jornada*. El casimir, la manta, el yin. La brillantina, la trenza, la greña, etc.

Pero si la plaza priista y la plazuela franciscana —escatologías al fin— no cambian, la oeste tiene la virtud de cambiar menos, pero de fingir que sí cambia con más habilidad. Han pasado por ella recitadores, mimos, jazzistas, cuentacuentos, ecologistas, gimnastas y monjes zen. Su última aportación es una espléndida trupé de meshicas de calendario

que, cada fin de semana —penachos de pluma, grebas de cartulina, caracoles ululantes, cascabeles y sonajas—, después de consagrarse en náhuatl a Tonatiuh, se dedican a girar con gran frenesí, alrededor de un cráneo de utilería, mientras gritan en una ronda vertiginosa, mandando al aire, a fuerza de huarachos, cualquier porcentaje del Valle de México. Junto a nostalgias como esa, la de uno se antoja apenas un prospecto.

Don Gume, el bolero *parlaembalde*, de evidente sangre indígena, se limita a decir, entre los trapazos, con el colmillo:

—Mamones.

Los veo girar y girar. Un turista pasado grita "Can!" y se les une. Alguien le pone un penacho. El tambor apresura el ritmo. La danza culmina en un menedero de sonajas y en una genuflexión epopéyica. El meshica que queda frente a mí con los brazos en cruz, trae calzones cálvín klein. Se nubla el cielo. Desde la plaza noreste llega el ruido del megáfono. La voz del *maestro de ceremonias* vocifera:

—¡Que se nos note el orgullo de ser...!

No escucho qué porque cae un rayo y comienza a llover. Le pago de prisa a don Gume. La última imagen es un corredero de licenciados, beatas, jipis y meshicas bajo el diluvio. Todos hacia diferentes rumbos.

